

Las nuevas horas de la práctica médica

Por el Dr. CARLOS ENRIQUE PAZ SOLDAN,*

Académico correspondiente en Lima, Perú.

Señor Presidente,
Señores Académicos:

Una vez más tengo el privilegio de estar en esta Casa de Ciencia y de Consagración, que es la Academia Nacional de Medicina de México, viéndome rodeado de viejos amigos dilectos, y siendo objeto de acogida cordial. Mas ahora no soy ya el visitante ocasional, al que se brinda generosa hospitalidad, esa hospitalidad que México sabe reservar con su tradicional hidalguía hispánica, a cuantos vienen a palpar sus excelencias. Aquí estoy como uno de vosotros, por la benévola elección que en enero de este año, por iniciativa de compañeros bondadosos, hicisteis de mi persona para que ostentara el título de Miembro correspondiente.

Al retornar a mi patria, después de una jira intensa y provechosa por los EE. UU., en servicio de la Higiene, creí que deber mío era detenerme en este México legendario, para daros, personalmente, las gracias por vuestra elección, y para conversar un rato con vosotros sobre algún problema médico social, a los que consagro las energías críticas de mi espíritu.

Y aquí estoy, contento de sentirme en vuestra compañía; feliz de compartir con vosotros esta hora académica. Muchos temas podrían ser quizás abordados en tan propicia ocasión, mas ninguno se ofrece a los que tenemos por ministerio velar por las cosas profundas del gremio médico, como detener nuestra meditación en ese problema inmenso, colmado de interrogantes, al que se llama, por consensus tácito, la SEGURIDAD SOCIAL, palabra-fermento, que está agitando a los pueblos, y que influirá sobre el trabajo médico, creándole imprevisibles mutaciones, las que sobrepasarán la voluntad profesional, si acaso ésta no se disciplina, compacta y solidaria, para las tareas formidables que esperan al médico en el despedazado y humeante mundo que sobrevi-

* Trabajo de ingreso leído por su autor en la sesión del 24 de noviembre de 1943.

virá al cataclismo de sangre y de fuego que empurpura los horizontes humanos.

¡La Seguridad Social! Palabras henchidas de fulgencia misteriosa, nuevo paraíso terrenal que esperan los hambrientos, los desheredados, los vencidos, aquellos que caídos en la batalla ingloriosa de la insalubridad y de la miseria, y dispersados por la guerra, se han refugiado, desesperadamente, en ellas como en un oasis amparador, físico, no metafísico, que espejea milagroso a sus ojos cerrados a toda otra fe.

Y esta Seguridad Social, en esencia, no es otra cosa que la vida en salud, don de la Medicina, mejor aún de la Higiene, que serán las deidades de ese nuevo mundo, que asomará, inevitablemente, entre las ruinas del que está desplomándose con estrépito cósmico.

“Cada país debe crear, mantener y acrecentar el valor intelectual, moral y físico de sus generaciones activas; preparar el camino a las generaciones venideras y sostener a las generaciones eliminadas de la vida productora. Este es el sentido de la Seguridad Social: una economía auténtica y racional de los recursos y valores humanos”. No es nuestra esta sentencia. La consignaron los países de la América en la llamada Declaración de Santiago, de septiembre de 1942.

Y da sentido concreto a la Seguridad Social, esta definición: “es derecho fundamentalmente humano, y como tal, se esfuerza por alcanzar el reconocimiento universal”. Es la palabra de la esperanza, nutrida con la creencia de las masas. “La persistencia en un mundo potencialmente rico, de la pobreza y de la enfermedad previsible, es tan intolerable como la esclavitud”, afirma oficialmente el Buró Internacional del Trabajo: “La desidia de cualquier país para borrar estos males debe mirarse como un escándalo internacional”, tal la norma que quieren imponer a la fe de los pueblos, los que pugnan por el advenimiento de la Seguridad Social. (Bol. Prov. No. 3, O.I.T., agosto, 1943).

Y esto, con ser tanto, no es todo aún: en medio de la sinfonía ensordecedora de los bombardeos, y de los torrentes de llamas que cada noche destruyen el patrimonio humano, por doquiera, la Carta del Atlántico ofrece, como compensación: “llevar a los pue-

blos a la Seguridad Social", región de encantamiento donde acabarán las universales tribulaciones.

Desde la imantada capital de los Soviets, otro himno más se agrega a la apocalíptica hora mundial presente, con ese acuerdo de las más grandes potencias que ha conocido la Historia, las que se han comprometido, solemnemente, a dar a los hombres que sobrevivan al huracán bélico, los amparos supremos de la salud y del bienestar económico.

Y en Washington, ya se trabaja para crear los recursos que habrán de reconstruir a las naciones mutiladas. La UNNRA, no es sino la consecuencia lógica del Pacto de Moscú.

De Londres. La ciudad que ha superado a la destrucción, en un gigantesco esfuerzo de las mejores energías de una raza que ha sabido vivir, con valor, las más grandes aventuras por la libertad humana, una voz augural llena en estas horas, la esperanza de los humildes: es la de Sir William Beveridge, hablando sobre la lucha contra la miseria y la enfermedad, en ese mensaje suyo que exalta la vida y la opone al dolor de los que han sufrido y sufren los cataclismos de la época.

Todos vosotros, seguramente, habéis leído y comentado tan sensacional documento. Todos vosotros, amigos míos, estáis enterados de lo que este Plan boceta, y de los fundamentos concretos en los que se apoya. Es el seguro para todos. Es el 100 por 100 de la población británica, a la que se espera dar los beneficios que la Higiene, unida a la Economía, está en condiciones de otorgar a los pueblos que tengan osadía suficiente para conquistar sus dones.

Que este Plan lleva en sí gérmenes fecundos, capaces de crear y recrear por doquiera sus mismas esperanzas, lo indica, claramente, la serie de realizaciones y de tareas a las que están entregados los gobiernos y los organismos responsables de la vida nacional: en Nueva Zelandia —en plena ejecución de los postulados básicos del Plan—, en Australia, en el Canadá, en otros puntos más del Commonwealth Británico.

Precisamente acabo de recibir del eminente Director de la Escuela de Higiene de Toronto, Dr. Defries, algunos preciosos documentos sobre la forma como la Canadian Medical Ass. y la Canadian Public Health Ass. entienden colaborar en la ejecución

del Plan Marsh, objeto en estos momentos de la atención política más apasionada en ese país. Se trata de una labor de prudencia, en un país que ama la libertad, y que como los nuestros, está en marcha hacia nuevos y fecundos destinos. Recomiendo a vosotros, que estudiéis esos documentos que inserta el "Canadian Journal of Public Health" de julio de este año.

Nuestra América, preservada todavía de la materialidad de las destrucciones bélicas activas, pero detenida en su marcha pacífica y progresiva por su cooperación en el triunfo de la Democracia, también está empeñada en planear la Seguridad Social.

Chile marcó la vía, que Ginebra mostrara al cesar la gran guerra anterior. Los seguros sociales obligatorios están incorporados en sus realidades políticas, y son ya varios los países nuestros que van por esta vía. México acaba de lanzarse ya en la Seguridad Social, con la ley de 31 de diciembre de 1942, y como consecuencia de ella, aún resuenan aquí los ecos de la magna asamblea sobre Asistencia Social realizada por el Gobierno Federal en esta capital auspiciosa.

No hay duda. El mundo se prepara a nuevos devenires y los médicos, siempre al servicio de la vida, somos la vanguardia de esta marcha. Así lo demuestra, uno de los más extraordinarios avances de la salud hasta ahora logrados, gracias a la obra sin paralelo que en un período singularmente agitado, ha podido llevar a buen término la U.R.S.S. Bajo una disciplina hija de una mística política, los esclavos de toda suerte, han logrado conquistas que son asombro de los entendidos, en materias de sanidad pública. Rompiendo la barrera tradicional entre la medicina curativa y la preventiva, preparando directamente sus médicos y sus higienistas, ampliando en forma extraordinaria los presupuestos de sanidad de 660 millones de rublos a 11,960 en los últimos quince años, adiestrando con propósitos de organizar un verdadero cuerpo de sanitaristas a cuantos tenían aptitud para integrarlo y que se sentían solidarios del régimen creado, la U.R. S.S. cuenta hoy con 130,000 profesionales, en lugar de los 20,000 que poseía el zarismo, y ha escrito páginas maravillosas en la robustez nacional, ratificadas ahora por la defensa que los ejércitos de hombres sanos han hecho de la libertad de su tierra y de la libertad del mundo. "El Comisariato responsable de la salud

y el bienestar de 170 millones de hombres, y del control de todas las actividades curativas y preventivas, ha producido el personal, el equipo, y los conocimientos populares esenciales para realizar tal obra. (H. E. Sigerist. *Twenty-five years of Health Work in the Soviet Union*, 1943).

Si todo esto llena nuestro tiempo, si cuanto es la Seguridad Social es ahora nuestra atmósfera profesional, y si en esencia, estas realizaciones benéficas para la colectividad son fruto de la Medicina y de la Higiene y por tanto de sus cultores, fieles a las tradiciones sacerdotales que por milenios han dado a estas actividades humanas su jerarquía, preguntamos: ¿Estamos respondiendo nosotros, los médicos hispanoamericanos, a tan magna cuanto novedosa tarea rehabilitadora de la Humanidad?

En otras palabras, ¿cómo nosotros que ejercemos la Medicina, y nuestros organismos profesionales entendemos trabajar para llenar tan sublime misión? Desde los tiempos lejanos, en que la Medicina vivía envuelta en la magia, nuestro ministerio fué velar por la salud y la vida de nuestros semejantes. La seguridad vital del hombre, fué función implícitamente confiada a nosotros. Los progresos inconmensurables de nuestro arte, y los adelantos sorprendentes de las Ciencias que le dan su poder, no hicieron sino aumentar nuestras responsabilidades sociales.

Mas tal misión la aceptamos siempre, como corolario de nuestra propia libertad profesional, sin reatos extraños a la conciencia hipocrática, y dentro de una disciplina voluntaria y solemnemente adoptada por juramento que data de milenios.

Sólo con los desarrollos del maquinismo y de la industria, y con el encadenamiento de las fuerzas cósmicas —el calor, la luz, la electricidad—, es que el hombre se encadenó a sí mismo, y el médico como tal, siguió idéntico destino. El progreso formidable del trabajo industrial, determinó en Alemania, bajo el impulso de Bismarck, la aparición de los seguros sociales, los que en menos de dos tercios de siglo, habrían de generalizarse por doquiera. Más de 300 millones de seres humanos, antes de la actual guerra vivían bajo el régimen de la aseguración social, resultado de medio siglo de imitación política. Y los seguros encadenaron a los enfermos y a los médicos.

De otro lado, la Sanidad Pública tomó, paralelamente, por este mismo período, enormes proporciones. Utilizando los nuevos conocimientos médicos y sanitarios, el Estado asumió potestades que jamás ejerció, y el médico quedó como un funcionario, aun cuando, en ocasiones, no tuvo cabal conciencia de que su prístina libertad profesional estaba a merced de normas que arrancaban de su propio concepto sobre su misión en la sociedad.

Mas, ni los seguros anteriores a la actual guerra de los Continentes, ni las grandes organizaciones estaduales de sanidad, creyeron necesario regimentar a los médicos, quienes siguieron viviendo en la ilusión que ejercían una profesión liberal. Y tal ilusión les hacía sentirse filántropos en sus funciones oficiales, aplaudiendo sin recelos los nuevos avances, los que no obstante disminuir su libertad, tenían por plausibles y dignos de su desinteresada devoción hipocrática.

Hoy ya no se trata de nada de esto. Si antes de la palingsesia actual, eran 300 los millones de asegurados obligatorios, mañana, en el mundo que alboreará entre las ruinas del presente, serán todos los que alienten vida, quienes han de estar dentro de los gigantescos mecanismos que establecerán, bajo la denominación imprecisa pero de gran poder de captación de la credulidad popular, de Seguridad Social, las fuerzas políticas de las masas esperanzadas. Y en este sistema, que ya está por doquiera afirmándose, el médico se convertirá en el gran esclavo, como ya le llamó algún escritor, si acaso por indiferencia, vanidad, o abulia no pone todas sus energías al servicio de su propio ministerio de bien, del que no debe abdicar sin peligro de que caiga bajo la dirección de poderes extraños a la misma Medicina.

Estudiar lo que están haciendo los grandes grupos médicos organizados en los países que conducen al mundo, es recoger una fecunda lección provechosa de libertad y de ética médicas.

La "British Medical Association", es quizás el grupo corporativo médico de mayor vigor en esta empresa. Con oportunidad admirable, en ese documento que es el Draft Interim, de 1942, aprobado con modificaciones de detalle dentro del más amplio y libre debate de todos los médicos, quedó fijada la línea de acción que entendían seguir los servidores de la Medicina y de la Higiene en Gran Bretaña. Al aprobarse, en principio, el Plan

Beveridge, el Ministro de Sanidad de Inglaterra no halló nada más concorde con la dignidad de la Medicina inglesa que solicitar, oficialmente, a la British Medical Ass., que estudiara cómo entendía prestar su concurso a los nobles propósitos perseguidos por esta ley que se ha tornado un miraje seductor para todos los ojos. Desde entonces, no obstante las exigencias primordiales de la guerra tremenda que sostiene el Imperio, la clase médica británica labora con una intensidad extraordinaria para dejar bien sentados los fundamentos mismos en que reposará el futuro régimen de los servicios médicos. No voy a entrar en un estudio detallado de cuanto sobre este particular ofrece el panorama médico inglés a la consideración de los prácticos del mundo. Sería inoportuno hacerlo, en esta plática, como vosotros llamáis a nuestro diálogo de ahora. Mas sí he de repetir lo que, con grande decoro y con grande prudencia, ha dicho más de una vez el "British Medical Journal", al pedir que sea respetada la libertad profesional, y que los médicos han de estar sujetos, en asuntos de Medicina, a sus propios organismos representativos. Control horizontal, sí, mas no control vertical, que ponga por encima de la práctica médica, a poderes extraños que la política improvise. "Dudamos gravemente, ha escrito editorialmente esta revista, que sea prudente estructurar un plan ajustado de servicios médicos para el tiempo de paz, en horas de guerra, si la paz ha de entenderse como un desarrollo normal de la vida colectiva. Tratar de ensayar largas soluciones en una atmósfera cargada con las emociones de la guerra, puede resultar injusto tanto para el público, como para la profesión." Son palabras, que en las horas en que se escriben, indican un muy agudo sentido de la gravedad de los problemas que se contemplan. (B. Medical Journ., 17-july-1943.)

En los Estados Unidos, con una Medicina opulenta como jamás lo fué Medicina alguna en lo pasado y no lo es hoy, la American Medical Ass. se ha colocado frente a los planes que tienden a nacionalizar la profesión. El "bill" Wagner-Murray, presentado el 3 de junio de este año al Senado Americano, ampliando los servicios ya existentes del seguro social al conjunto de la población, bajo la autoridad suprema del Cirujano General del United Public Health Service, para cuanto se relaciona con la asistencia médica, creemos que no se aprobará, por esta oposición, sin reci-

bir serios retoques. No hay ahora grupo médico más reacio a estas aventuras políticas, en torno de nuestro Arte, que el norteamericano.

Igualmente muy valiosa es la actitud adoptada por la Canadian Medical Ass. sobre el Plan Marsh. Su intervención se está dejando sentir en esta materia, en forma muy perceptible y eficaz. Un gran respeto por las tradiciones hipocráticas que regulan el ejercicio de la profesión, un gran sentido realístico para apreciar cabalmente lo que cabe esperar de la Seguridad Social, que no es la única vía para el progreso de la sanidad pública, un justo orgullo de la dignidad de los médicos unido a una sensibilidad aguda frente a los nuevos tiempos que se anuncian, hacen de la actitud de la Canadian Medical Ass. expuesta en los documentos que está produciendo, un aleccionador ejemplo que no debe ser desdeñado.

Mas, aquí está lo concreto que me mueve a la larga exposición que es el proemio de mi conversación de hoy: ¿Nosotros, los médicos de Latinoamérica, de Indoamérica si queréis, cómo hemos tratado de organizar nuestro concurso a la Seguridad Social que se está implantando, drásticamente se diría, un poco por doquiera, en nuestros países?

¿Qué hacemos para mantener el decoro profesional y la libertad sagrada de la Medicina, ajustados a los imperativos de la Ciencia y a los rigores de la Técnica, en las nuevas formas de trabajo que nos señala el seguro, con sus preocupaciones múltiples, la preferente, salvaguardar los elementos económicos que condicionan imperativamente tal régimen de prestaciones médicas?

¿Qué hemos pensado sobre ese grave y paradójico hecho de dejar que libremente cada quien, movido por vocación efectiva o no, estudie la Medicina, y se diplome de médico, para luego no tener otro mercado para su trabajo que la situación funcionarizada que ha de brindarle la Seguridad Social?

El imperativo ético inflexible: ¿Es cierto que nuestros regímenes de aseguración, están en condiciones de cumplir honorablemente con cuanto prometen a las masas crédulas, en lo que respecta a sus posibilidades de asistencia y de prevención?

¿Está lo suficientemente organizado el gremio médico para evitar servidumbres administrativas e intrusismos profanos en la

práctica cotidiana y devota de nuestro Arte, a los que están dentro de la atmósfera cargada de esperanzas del seguro obligatorio?

Cómo manan, cargadas de efervescencia, las interrogaciones sobre estos problemas, y cómo queda suspenso el juicio para darles cabal respuesta.

En esta noche colmada de los efluvios de la gratitud que brotan de mi espíritu, abierto a las perspectivas del mañana, que estas reflexiones, colegas y amigos míos, académicos de la Academia de Medicina de México, hechas en alta voz, sean como el saludo que desde lejos os trae, quien, incansable caminante por los senderos de la Higiene, que son los senderos de la vida en salud de los humildes y de los poderosos, ha venido hasta vosotros para deciros su agradecimiento.

Acaso en otra oportunidad, insista sobre los temas aquí boceados, temas que tengo por los más urgidos de atención de los médicos, en los días inmisericordiosos que conocemos.

¿No podrían nuestras Academias, fuertes con sus lustros de activa labor y aleccionadas por la experiencia, abordar su estudio, como la mejor contribución que pueden dar al presente y al mañana de nuestras patrias hispanoamericanas?

A vosotros, compañeros de labor, la respuesta.

He dicho.